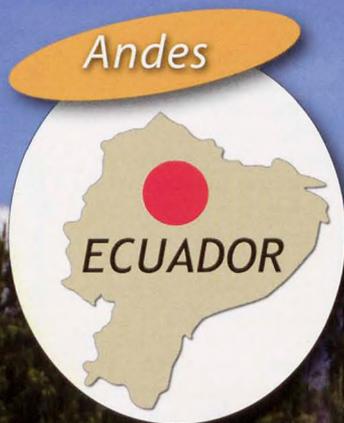


Andes



"Alégrate cuando llegues a la cumbre. Llorar, dar palmas, gritar a los cuatro vientos que lo has conseguido, dejar que el viento ahí arriba purifique tu mente, refresque tus pies sudados y cansados, abra tus ojos, limpie el polvo de tu corazón."

Qué bien: lo que antes era solo un sueño, una visión distante, ahora es parte de tu vida, lo has conseguido."

Manual para subir montañas, "Ser como el río que fluye" P. Coelho

Joseba Astola

VOLCANES DE ECUADOR: PELDAÑOS HACIA EL CIELO

DESDE que calzamos botas y cargamos mochila, encumbrarse en la cordillera andina constituye uno de los más anhelados sueños. Ecuador reúne las condiciones idóneas para hacerlo realidad.



Joseba Astola (Vitoria-Gasteiz, 1973). Maestro de Educación Infantil.

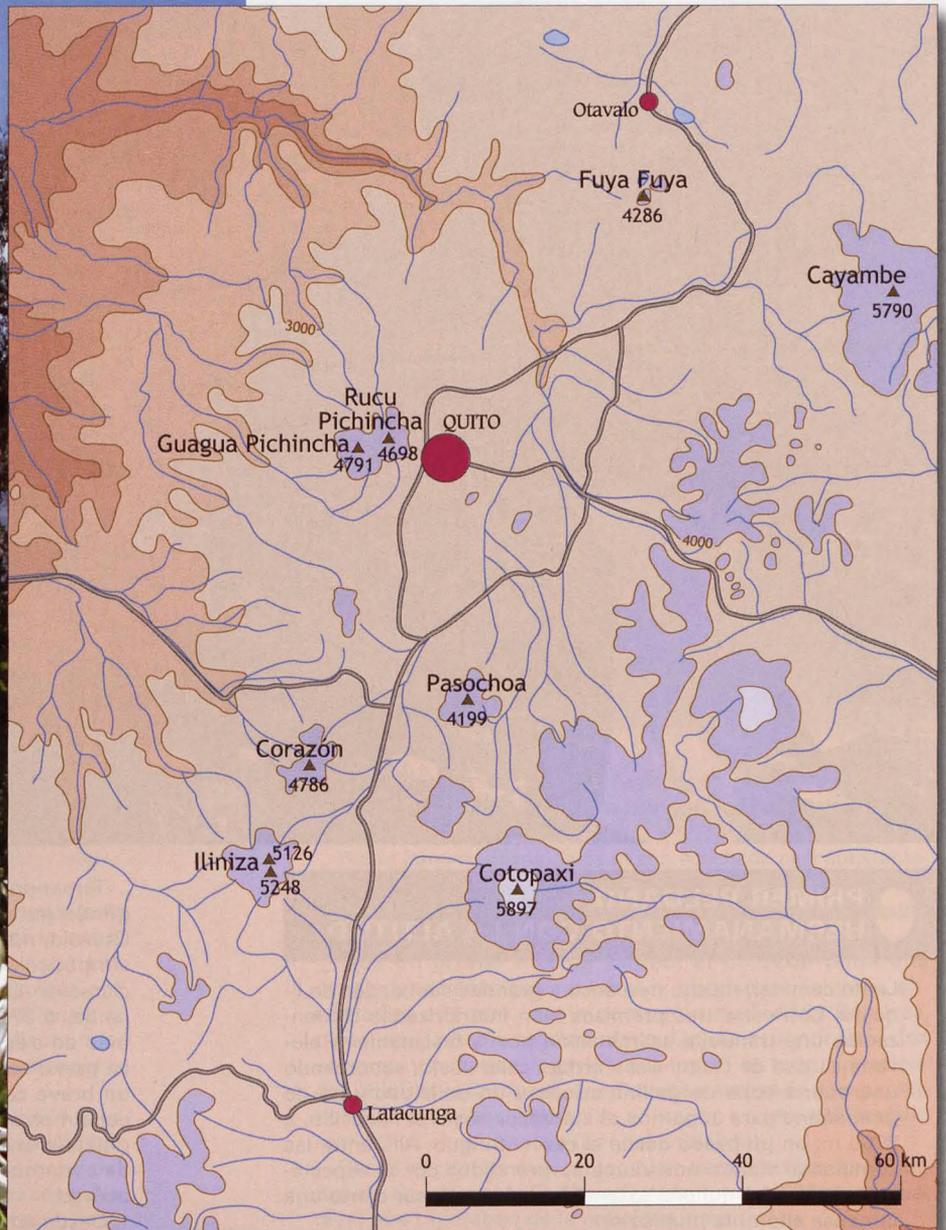
Aficionado a la montaña y a los viajes desde hace ya más de veinte años, ha tenido ocasión de conocer varios países europeos y algunos más lejanos de Asia y África. Eligió Ecuador para su primera toma de contacto con la cordillera andina.

Tras la inercial de años atrás al Toubkal marroquí, era solo la segunda vez que nos proponíamos superar los 4000 m y la primera en que nos aventurábamos con los 5000. Los 6000 del Chimborazo, aún con la creencia de no ser un reto imposible para andarines de nuestra condición, quedarían para otra ocasión.

En esta, nuestra primera y anhelada incursión a los Andes, iba a ser la primera vez que precisaríamos encordarnos para acometer una ascensión, y una de las pocas en que utilizaríamos crampones y piolet. Y por supuesto, nos estrenaríamos caminando sobre glaciario.

Nuestra idea inicial no era realizar caminatas de varios días ni desniveles descomunales para los que no estábamos preparados. El objetivo era "simplemente" culminar cimas para aclimatar y aclimatar para culminar cimas. Este gratificante proceso iba a suponer desde excursiones matinales (para volver a Quito o Cuenca a comer) hasta otras de

ANDINO



■ Cotacachi desde la Hacienda la Luna (Otavalo)



■ Fiesta en la aldea de la Cocha

sol a sol, comenzando antes del amanecer y terminando con la noche bien entrada, pero siempre dentro del mismo día. La única excepción la pondría el Cotopaxi, objetivo final de nuestro periplo, cuya ruta de ascensión transcurriría íntegramente de noche.

Tras recorrer y comparar numerosas agencias por las calles de La Mariscal, en Quito, cerramos trato sin dudarle un instante. Acertada elección. Freddy y Estalín, excelentes guías y aún mejores personas, nos aportarían infinita seguridad, sabiduría, amplias dosis de paciencia y gran fascinación por su tierra, amén de interesantes conversaciones al caminar.

Las incursiones en solitario, en cambio, nos iban a despertar otras sensaciones, una mezcla de inmenso placer al hollar las cimas y una imponente soledad que jamás antes habíamos experimentado. No obstante, el temor a perdernos en el páramo, engullidos por las nubes, andando a cie-

gas, o aterrados en una estrecha arista bajo truenos y relámpagos nos acecharía constantemente.

En el silencio de las ascensiones, el viento andino no dejó nunca de susurrarnos al oído: "en estas montañas, niebla y tormenta no vienen ni van. Son espíritus que duermen bajo las piedras".



■ Cotopaxi desde el Panecillo de Quito

PRIMER PELDAÑO: HERMANAMIENTO CON LA ALTITUD

Lento caminar, mucho descanso y grandes cantidades de líquido. Con estas tres premisas bien interiorizadas comenzamos una tranquila aclimatación por la fascinante y, elevada ciudad de Quito. Calle arriba, calle abajo, saboreando una buena sopa de gallina criolla y un delicioso jugo de *guanábana* para auparnos al atardecer hasta el Panecillo, a 3000 m, en un paseo desde el casco antiguo. Allí, entre las cometas al viento, nos vimos sorprendidos por el espectáculo de la urbe quiteña extendida de norte a sur como una inmensa alfombra multicolor.

Y descubrimos la que Humboldt bautizara como Avenida de los Volcanes, un pasillo abierto entre las dos cordilleras andinas ecuatorianas (Oriental y Occidental) en el que se asienta la propia ciudad del Centro del Mundo: Quito. Tan ilustre Avenida se encuentra flanqueada durante centenares de kilómetros por las principales montañas y volcanes del país andino, desde el mágico Cotacachi, al septentrión, hasta el gran Chimborazo (6310 m), en el austro. Empequeñecemos ante la magnitud de los volcanes y los nevados: Imbabura, Fuya Fuya, Pichinchas, Atacazo, Corazón, Illinizas, Rumiñahui, Pasochoa, Sincholagua, Cayambe, Antisana... Altivas farolas que iluminan esta Avenida desde sus cuatro, cinco y seis mil metros. Y presidiendo el centro del mundo, el majestuoso Cotopaxi, nuestro más ambicioso objetivo, pero ni único ni obsesivo. Más allá de donde la vista alcanzaba, el Sangay, el Carihuairazo y otras célebres alturas saludaban también al sol crepuscular. El travieso Tungurahua hacía ya unas semanas que lanzaba señales de humo al cielo.

CUATRO PELDAÑOS MÁS HACIA EL CIELO DEL CÓNDOR

Existía un amplio abanico de posibilidades para dar nuestros primeros pasos hacia el cielo, montañas asequibles en las que ir aclimatando si el tiempo era aliado.

Tomando Quito como campo base para todas ellas, elegimos para iniciarnos el Fuya Fuya, sobre la ciudad de Otavalo, no lejos de la capital. Fuya Fuya (Pico-Pico) es un simpático volcán bicéfalo de 4286 m, perfecto para iniciarse en alturas ya importantes. Desde la laguna de Mojanda, a 3700 m, en una fácil y agradecida subida de no más de tres horas, culminamos las dos cabezas gemelas. La punta occidental (4263 m) es la más visitada. Unida por un breve cordal a su hermana oriental, algo más alta, ascendimos a esta rodeándola totalmente por la derecha, siguiendo una tenue senda entre el tupido pajonal con el fin de evitarnos las inoportunas trepadas de la vía normal de acceso.

Desde arriba éramos testigos privilegiados del idilio amoroso entre la pareja de volcanes más conocida del norte ecuatoriano: la mamá Cotacachi y el *taita* (padre) Imbabura, hasta que un repentino aguacero (preludio de los que llegarían más adelante) nos atrapó de lleno, convirtiendo la senda de descenso en un resbaladizo barrizal contra el que estrellamos nuestras costillas en numerosas ocasiones. Tras la tempestad, decidimos bajar caminando por el entretejido adoquinado de la carretera los 15 km que separan la Laguna Mojanda de Otavalo. Nos comimos de golpe y porrazo unos 1700 m de desnivel desde el Fuya Fuya, entre un sereno y pintoresco paisaje de prados, haciendas y niebla que casi nos hacía levitar.

Pocos días después nos desplazamos al sur de Quito, cerca de Amaguaña. La idea era subir al Pasochoa (4199 m), un volcán único. Para divisar su viejo cráter, ocupado por un valioso bosque, refugio de importantes especies andinas, caminamos unas cuatro horas por el páramo, cruzando campos privados de las haciendas cercanas en los que, en ocasiones, ponen pegas al paso de montañeros. En esta ocasión hubo suerte (íbamos con Estalín), y conversamos y almorzamos tranquilamente con el pastor de vacas y llamas que custodiaba las fincas.

La monotonía del paisaje terminaba en una corta trepada por los últimos y endiablados metros hasta la reducida cima, vertiginosa y espectacular. Los *polilepis* (árbol de papel) se encaramaban de manera inusual hasta estas altitudes desde el fondo del oscuro hoyo verde.



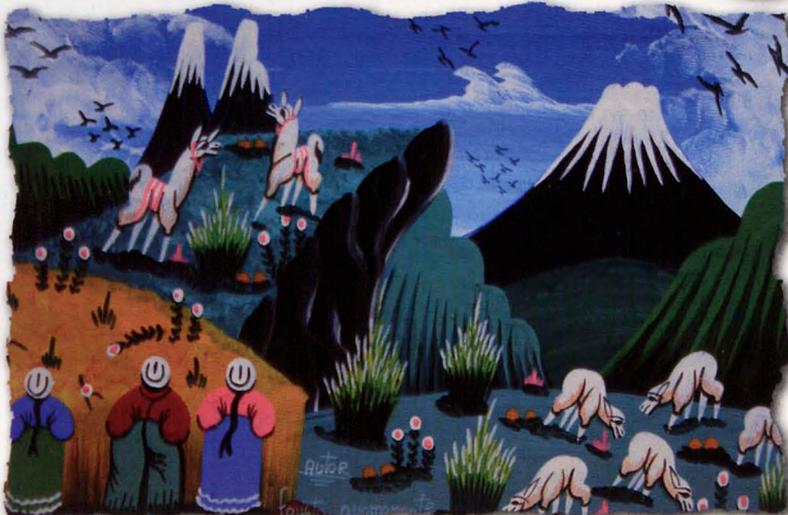
■ Rucu Pichincha, sobre las chuquiraguas o flores del andinista

Estando en Quito, los siguientes peldaños no podían ser otros sino el Rucu y el Guagua, el “Viejo” y el “Niño”, de apellido Pichincha, como la provincia a la que pertenecen. Ambos volcanes dominan la capital a vista de cóndor desde sus 4698 y 4791 m respectivamente.

Llegar al Rucu Pichincha era antaño largo y costoso, toda una “clásica” desde Quito. Algo desvirtuada por la construcción de un teleférico que sube hasta los 4050 m de la estación superior de Cruz Loma; y más temido el volcán por los crímenes que en él cometiera hasta tiempos recientes el “desdentado del Pichincha” que por su propia fisonomía, hoy en día se puede alcanzar su cima con relativa rapidez (unas tres horas y media) desde Cruz Loma.

Pero el Rucu Pichincha puede ser arma de doble filo. Y es que, como si el “Viejo” sintiera añoranza de la tranquilidad perdida, se ha cobrado varias vidas en los últimos años, quizá las de aquellos que lo infravaloraron en exceso. No convenía, pues, desdenarlo, sobre todo en su tramo final, un empinado y resbaladizo arenal que culmina en la roca negra de la cumbre. Pero fue una montaña asequible y bella, con una vista espectacular sobre Quito y la Avenida. Desde la cumbre, descubrimos al otro lado al joven “Niño”, el aún temido volcán Guagua Pichincha (4791 m.). El zagal despertó furioso en el año 1999, teniendo en vilo a la ciudad

■ Los dos Illinizas y el Cotopaxi en una pintura tigua



quiteña durante un tiempo. Aunque es posible unir los Pichinchas en una larga y dura travesía, nosotros dedicamos una jornada a cada uno de ellos.

Por la Panamericana hacia el sur, acechada casi constantemente por las nubes del bosque húmedo, el Corazón (4786 m) es una bellísima montaña de sugerente forma (una especie de corazón truncado), bien visible desde Quito.

Tras un primer intento fallido, el Corazón tenía una cuenta pendiente con nosotros y queríamos saldarla, encantados además con la compañía de Freddy Ramírez, quien nos la había recomendado. Un día azul por fin, y los volcanes y nevados de la Avenida lucían en todo su esplendor. Illinizas y Cotopaxi, que llevaban semanas desaparecidos tras las nubes, aparecían al fin por encima del destello rojo de las *chuquiraguas* (flor del andinista).

Desde el portón que protege las tierras de los hacendados de San Marcos (El Chaupi), tres horas y 800 m de desnivel nos separaban de la anhelada cima.

El suave terreno de páramo daba paso a una elegante arista, larga y empinada. Tras la danza de una repentina niebla que ocultaba el cono terminal, intuimos un abismo pauroso a diestra y siniestra. Una corta pero vertiginosa estrechura, en la cual optamos por colocar una cuerda fija, nos dejaba en la cúspide del volcán. Si a última hora las nubes habían cerrado al Corazón, se nos abrió un cielo en el alma sabiéndonos allá arriba.

DE CORAZÓN AL ILLINIZA NORTE, UN PELDAÑO CON ALFOMBRA ROJA

Dice la sabiduría indígena que algunas montañas del Ecuador coquetean entre sí, prestándose a un juego amoroso de caricias y miradas, ya sea en la intimidad de un lecho de nubes, ya sea libres bajo un inmenso cielo azulado. De esta conjunción de mágicos rituales entre volcanes *caris* y *huarmis* (machos y hembras), entre mamás y *taitas*, puede depender la lluvia, el tiempo seco o una buena cosecha de maíz.

Los enigmáticos Illinizas no escapan a esta creencia. La cumbre sur (5248 m) es, a decir de los nativos, un hombre de aspecto fiero que mantiene su agrietada piel bajo un hielo perpetuo. Requiere depurada técnica para ser coronado. Su enamorada Illiniza Norte (5126 m), a la que los indígenas llamaban Tioniza, se muestra mucho más afable.



■ Illinizas S y N, desde las laderas del Corazón

Nos lanzamos a la conquista del Illiniza Norte un frío amanecer en que su compañero dormitaba entre espesas nieblas. Accedimos desde El Chaupi, con Estalín (y su todo-terreno) hasta el Parqueadero de la Virgen, a unos 4000 m de altitud.

Al cabo de tres horas a paso placentero, bebíamos mate de coca con el guarda del acogedor y pequeño refugio de los Illinizas, recientemente reformado y ubicado a 4700 m entre las dos montañas.

Por la noche, y de forma inesperada, había caído un fino manto de nieve. Nos encordamos por seguridad. Nos aguardaban otras tres horas de trepidante ascensión entre aristas, paredes, corredores, abismos, sobre un paisaje espectacular e inédito en nuestras retinas.

La altitud machacaba nuestras cabezas cuando trepábamos el último muro. La llegada a la pequeña cruz de la cumbre, entre finos confetis de nieve y serpentinadas de viento gélido, nos llenó de emoción. Embutidos en nuestras ropas, nos abrazamos, lloramos de alegría. 5126 m sobre el nivel del mar. Jamás habíamos llegado tan alto.

El dulce trance duró poco, la adversidad hacía prudente descender cuanto antes, casi huir. La bajada por el inclinadísimo arenal se hizo eterna y llegamos al coche exhaustos, ya sin luz.

La posterior cena junto al fuego de la Hacienda San José fue reconfortante. Mientras nos recreábamos aún con el



■ Refugio de Illinizas

logro personal conseguido, Estalín finalizaba la velada con unas palabras concluyentes: "Están perfectamente preparados para el Cotopaxi".

COTOPAXI: HELADA MIEL EN LOS LABIOS

Cotopaxi, el "Cuello de luna", el volcán perfecto, el más imponente, archiconocido, demandado, ofertado, visitado y obsesivo de los nevados ecuatorianos. Por todo esto, también el gran infravalorado.

Si el clima era amigo, Cotopaxi nos concedería un salvoconducto. Superar el *soroche* (mal de altura), la gélida ventisca y la enigmática oscuridad de la noche caminando sobre el glaciar era ya cosa nuestra. Se auguraba luna llena, pero nada era fiable aquí en cuestiones de pronóstico.

Desde el Tambopaxi, un acogedor hospedaje a 3700 m de altura, observábamos al "Cuello de la luna" desprendiéndose de su fular de nubes. Anonadados por la belleza de su desnudez, nos retiramos a descansar, pues eran ya las cinco y media de la tarde.

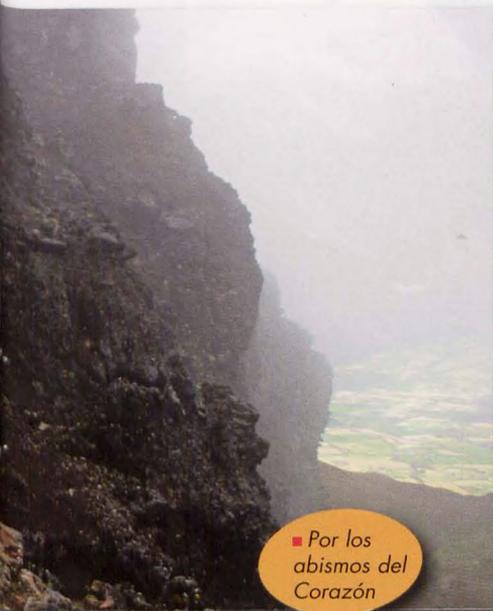
Reflexionamos, nos concentramos, apenas conciliamos el sueño y dieron las once, hora de levantarse. Reunidos con



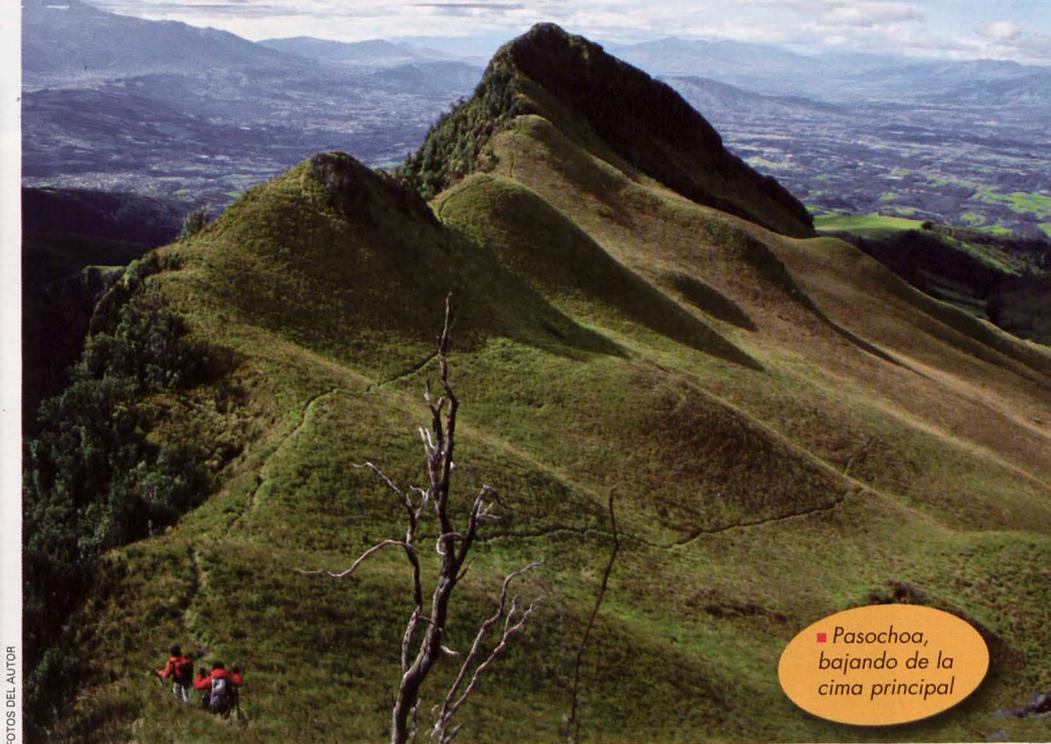
■ Illiniza Norte, hacia la cumbre



■ Illiniza Norte, últimos metros



■ Por los abismos del Corazón



■ Pasochoa, bajando de la cima principal

FOTOS DEL AUTOR

Estalín en el vacío comedor, Marian fue categórica en su decisión. Un mal (¿o buen?) sueño la había persuadido. Se quedaba.

Estalín y yo subimos en el carro al parqueadero, a 4500 m. La luna llena nos iluminó hasta el refugio José Rivas, a 4800 m, donde nos unimos al pequeño tren de montañeros que comenzaban entonces la andadura. Era la una. Las luces de la noche quiteña parpadeaban en el horizonte, manteniendo encendida mi esperanza. Pero al llegar al glaciar, todo cambió. La niebla apareció de la nada, el viento helado arreció y una terrible ventisca se abatió sobre nosotros. Con la adrenalina a rebosar, traté de recordar al milímetro la lección matutina sobre cómo caminar sobre glaciar. Clavaba cada punta de mis crampones sobre el suelo con la sensibilidad y el empeño con la que un escultor tallaría su obra. Sobrepasaba cada centímetro de

hielo agrietado con la concentración de un funambulista sobre el cable y el abismo.

Durante horas, mi cuerpo aguantó los embates, pero la mente me abandonó al amanecer en aquel gélido infierno blanco. Como quien viera gigantes donde había simples molinos, la primera luz del alba me descubría aquellos afilados seracs cuan amenazantes colmillos. Veía oscuras y hambrientas bocas en aquellas profundas grietas que me rodeaban. Mi ropa estaba congelada y mi ánimo también. Exhausto, al resguardo de una pequeña cueva helada a 5600 m de altitud, decidí no continuar.

Pero la frustración no pudo esta vez con la experiencia vivida. Había coronado la cima de mis limitaciones como montañero. Y estaba feliz. □

OTROS PELDAÑOS:

- Junto a Quito, el Guagua Pichincha (4791 m) es un paseo si partimos desde el refugio guardado situado a 4500 m de altitud. Se llega a este por una pista carrozable que parte de la aldea de Lloa, un pequeño oasis cercano a Quito. A pesar de lo breve de la ascensión conviene tener en cuenta la diferencia altitudinal entre la capital y el refugio, si no se ha aclimatado previamente en alturas más bajas.
- Cerca de Cuenca, ascendimos al San Luis (4265 m) desde la laguna Toreadora (a casi 3900 m) en una mañana con tiempo poco fiable. Una buena elección para contemplar los lagos del Parque Nacional del Cajas desde las alturas. Entre el tortuoso relieve que dominábamos, destacaba el Avilahuayco (4209 m), montaña afilada y venerada desde tiempos inmemoriales, otra atractiva elección a la que nadie nos pudo acompañar y con la que no nos atrevimos en solitario.
- En la región del Azuay, no lejos de Cuenca y ajeno a la fama de sus hermanos mayores, se alza el altivo Fasayñán (3907 m). Preside el profundo valle del río Zhio (el más hermoso de cuantos conocimos en Ecuador), un vergel de tierras cultivables y pintorescas cabañas de cubierta vegetal a las que se dirigen algunas familias con la mula cargada de viveres para varias semanas. Allí cuidarían de las reses desperdigadas en estado semisalvaje por las laderas del antiguo volcán. Las *cholitas*, que marcaban el paso con el gracioso vuelo de sus faldas de colores, nos acompañarían en numerosos tramos de esta humanizada y enigmática montaña.

En la ascensión desde la simpática y viva aldea de Principal suelen emplearse dos días. Nosotros hicimos cumbre en una durísima jornada de más de doce horas y 1300 m de desnivel acumulado, bajo un sol que fue

borrado, ya muy arriba, por un brusco cambio de tiempo. Pasamos verdaderos apuros en un peligrosísimo descenso casi vertical, bajo una implacable tempestad y totalmente extraviados en la nada.

Pero el Gran Fasayñán es único, diferente al resto. Sabedores de ello, y con el fin de preservar la riqueza natural y humana que se encuentra en las laderas de "su" montaña, la bien organizada comunidad de Principal sugiere adentrarse en ella acompañados de un guía local, por un precio más que razonable. El Sr. Segundo, responsable de este tema, nos asignó, la noche anterior, un tímido y joven muchacho con poca experiencia pero mucha nobleza. Pretender alcanzar la cima sin él hubiera sido más que imposible por lo intrincado del terreno y la ausencia de caminos claros en el cerrado tramo final. Su "baja" altitud no debe llevar a engaño. No es una montaña aconsejable para aclimatar, pero sí para alejarse del mundo por unas horas.

- A la sombra del archiconocido Cotopaxi, el nevado Cayambe (5790 m), con buena infraestructura de apoyo, es el gran ignorado de Ecuador. A decir de Estalín, la ascensión más bella del país...

DATOS ÚTILES:

- Viaje realizado entre el 18 de julio y el 18 de agosto del 2010 por Marian Galán y Joseba Astola. Un verano malo en Ecuador, con atípicas tempestades y nevadas en la cordillera. Solo el 1% de los intentos al Cotopaxi consiguió cumbre en varias semanas.
- Agencia Sierra Nevada Expeditions (www.hotelsierranevada.com), regentada por el experimentado Freddy Ramírez.
- Guía de montaña: Estalín Suárez, yanakakchi@hotmail.com

■ Cotopaxi, en la Cueva Helada a 5600 m

